

Antonádia Borges

Tiempo de Brasilia
Etnografiando lugares-eventos de la política

Traducción de Lucía Tennina

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Borges, Antonádia

Tiempo de Brasilia : etnografiando lugares-eventos de la política / Antonádia Borges. - 1a ed
.- Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.
196 p. ; 21 x 15 cm. - (Política, políticas y sociedad. estudios brasileños ; 1)

Traducción de: Lucía Tennina.

ISBN 978-987-630-276-0

1. Etnografía. 2. Brasil. I. Tennina, Lucía, trad. II. Título.

CDD 305.8

Título original: *Tempo de Brasília*, © Antonádia Borges, 2017

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX), Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507 - ediciones@ungs.edu.ar - www.ungs.edu.ar/ediciones

Serie Estudios brasileños

Director: Eduardo Rinesi

Comité Editorial: Gabriel Vommaro y Martín Cortés

Diseño gráfico de la serie: Franco Peticaro

Traducción: Lucía Tennina

Corrección: Gustavo Castaño

Tipografías:

Rosario / Diseñada por Héctor Gatti, Adobe Typekit & Omnibus-Type Team

Andada / Diseñada por Carolina Giovagnoli para Huerta Tipográfica

SIL Open Font License, 1.1

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en DP Argentina S.A.

Tacuarí 123 (C1071AAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,

en el mes de junio.

Tirada: 500 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prólogo a esta edición argentina	
<i>Pablo Semán</i>	9
Introducción	13
Capítulo 1	
La ocupación	27
Capítulo 2	
La casilla	63
Capítulo 3	
El asfalto	95
Capítulo 4	
El lote.....	129
Capítulo 5	
Tiempo de Brasilia	155
Conclusión	175
Bibliografía	185

Prólogo a esta edición argentina

Pablo Semán

A más de diez años de su publicación en Brasil, y como dijera entonces Mari-za Peirano, *Tiempo de Brasilia* es un libro sorprendente. Y lo es en un sentido que querría complementar como sigue: ante una comprensión de las formas generalizadas de entender las ciencias sociales y en especial el ejercicio etnográfico, nos sugiere una comprensión iluminadora y erosiva de unas certezas que son más el producto de la sedimentación y el adocenamiento que de la actividad reflexiva, esa imposibilidad de dejar de aprender que asiste a una elaboración viva que este libro sostiene todo el tiempo.

Esa comprensión de simpleza prístina se permite dudar de algunas cuestiones que parecen establecidas. Y dicha concepción solicita nuestra convicción con el simple recurso de ofrecer evidencias e interpretaciones alternativas, de desenfocarse, de no obligarse a hacer “lo que hay que hacer” sin detenerse a dar una discusión desgastante con la autoridad, sino con el simple recurso de hacer lo que dictan el deseo y el propio criterio. Como si el campesino que Kafka narró, paralizado por preguntas y querellas medrosas frente al guardia que custodia la muralla de La Ley, en vez de haberse quedado preguntando y morir allí, hubiese decidido pasar por esa puerta en la que detuvo su existencia, Antonádia Borges se permite entender de una manera específica la experiencia etnográfica, y hacer una diferencia en la que los practicantes de las ciencias sociales encontrarán algo que la autora no querría que fuese un *diktat* o una nueva moda sino una interlocución perturbadora, razonada y aguda sobre lo que es hacer etnografía, hacer ciencia social y lo que implica referirse a los sujetos “periféricos” o “subalternos”.

Pero sería traicionar el sentido de la apuesta que sostiene este libro hacer una reseña que sistematice sus hallazgos arrancándolos de las historias en que se constituyen, considerando esas “historias” un “contexto”, como si fuera posible considerar “historias” y “hallazgos” independientes de otros,

como si fuese posible considerarlos, incluso, distintos. No por nada esos hechos han sido dispuestos por la autora en el texto en la forma y en el orden en que se presentan. Siguiendo hasta las últimas consecuencias el espíritu de la práctica etnográfica, Antonádia Borges realiza el cuestionamiento en acto de la distinción texto/contexto para dejar dicha distinción en el lugar en que merece estar: el de la diferencia entre esencia y accidente que, declarativamente, todos condenamos como superada, mientras las prácticas que buscan la matriz universal de interpretación, la serie evolutiva que contiene al caso y la referencia inexorable para interpretar “otros casos” traicionan las bienintencionadas declaraciones.

La lectura de etnografías como parte de la actividad del etnógrafo, y como parte de la actividad del lector de ciencias sociales en general, debe atender las características singulares del texto y de los hechos que trata. Debe respetar el carácter etnográfico y mucho más el específico carácter de esta etnografía. De la misma manera que no podemos leer un cuadro estadístico sin dejar de interrogar las fuentes y la elaboración, las categorías computadas, la totalidad de la base de datos, las hipótesis que disparan las interpretaciones de los porcentajes privilegiando ciertas diferencias, tampoco podemos leer una etnografía atendiendo sesgadamente a sus conclusiones, a la teoría general que alumbra o de la que sobreviene como “ejemplo”. Pasar por alto la historia que se cuenta para llegar a la ratificación de algo que ya sabíamos o a la petrificación de un saber nuevo niega a esa etnografía como acto de conocimiento. La “teoría” ayuda a entender unos hechos de los que surge y con los que dialoga, incluso cuando ella es la condición de posibilidad del relato, ya que, sabemos, no hay hechos que no sean interpretaciones. Sin esa narración, la etnografía es una intelección al mismo tiempo seca y sin sujeto, una intelección imposible. Así, la lectura de un texto etnográfico debe poder sumergir al lector, sea o no un etnógrafo, en la singularidad del proceso histórico, pero también en la del proceso de conocimiento de ese proceso en que consiste cada etnografía. De ese modo cada etnografía genera en el lector una nueva capa de conciencia sobre una situación social y sobre el método que la interroga, con la sola condición de que el lector acepte el momento de incertidumbre que es leer la etnografía que se le propone, que avance con el modo de razonamiento y argumentación que descubrirá que propone esa etnografía, que acepte que el sentido se realiza en el recorrido.

Está implícito en este razonamiento que la etnografía, como creo que lo afirma y sostiene este libro, es un arte de la singularidad que involucra en esa singularidad no solo al etnógrafo y a sus interlocutores, sino tam-

bién a los lectores de esa etnografía. Con *singularidad* no nos referimos ni a “idiosincrasia” ni a “particularidad” ni a “pintoresquismo” alguno, sino a historicidad, irreductibilidad; espacio temporal cuya interpretación moviliza habilitaciones analíticas que vienen de lecturas previas y ayudan a plantear el problema etnográfico, pero no se pueden activar de forma automática, universal, ni, incluso, semejante a la que propone “otro caso”. Cosa que ocurre, sin embargo, más a menudo de lo que se cree.

Y en este sentido el libro es sorprendente porque sostiene esta posibilidad con naturalidad y cordialidad de recién llegado agudo, simpático e inquietante, algo que, debido a lo encallecido de los establecimientos profesionales y vocacionales, es una gesta contra el sentido común de las propias ciencias sociales cuando estas se conciben a sí mismas más allá de la discursividad social, como una mímica tardía y torpe de la física del siglo XIX o como una hermenéutica universal que interpreta papiros concebidos como expresiones ahistóricas en vez de agentes. Expresiones como “dialógico”, o sugerencias como la de ser cautelosos y hasta “minimalistas” con las interpretaciones activan inmediatamente la conciencia al mismo tiempo temerosa y reactiva respecto del “empirismo” o del “posmodernismo”. El primero sería una especie de rendición a los hechos mal entendidos como autoevidentes. El segundo, la entrega a un espíritu de época renunciante e irresponsable. Es que cuando cierta modestia resulta jaqueada por livianas aspiraciones absolutamente condensadas en rótulos acusatorios se debe desconfiar y pensar que tal vez sucede algo que las calificaciones peyorativas no captan: siempre es posible nutrirse más de las interpretaciones “nativas” para iluminar los hechos que establece cada etnografía. Así, Antonádia Borges subraya el hecho de que una etnografía implica una conciencia que además de inscribir la singularidad de los hechos históricos y sociales contiene la de lo contingente, lo precario y lo circunscripto que resulta del establecimiento de esos hechos realizado en un momento y lugar específicos por una persona específica. Al final, el libro y el artículo todavía son escritos y compuestos por el antropólogo que tendrá muchísimas oportunidades de desbordar a los actores, de afirmar conclusiones o describir hechos que esos mismos actores discutirían: ¿por qué decís que digo eso?, ¿por qué escogiste ese momento?, ¿por qué tal antecedente para establecer esta interpretación sobre mis dichos? Estos son diálogos posibles ante los que el etnógrafo debe situarse y ante los cuales toda la investigación –esto es, sus segmentos de “recolección”, “análisis” y “escritura” (¡qué viejo e inconsistente suena disponer separadamente estos vectores del trabajo etnográfico!)– debe evitar al máximo la idea de que el

investigador sabe de algo que “sus” “nativos” portan a sus espaldas sin conciencia. Posición médica que se hace imposible, además de por exigencias epistemológicas contemporáneas, porque, como lo hace ver la autora en este libro, los “nativos” no son “nativos” sino interlocutores, investigadores curiosos y vitales, capaces de poner a prueba la parcialidad y el sesgo de nuestras interpretaciones e intereses.

La poscolonialidad de las prácticas antropológicas no reside en la mimesis estilística, en la referencia a distintos polos universitarios de esa actitud, sino, fundamentalmente, en el abandono activo y crítico de desestimación del otro, de la dicotomización que lo dispone como objeto sin que eso implique necesariamente la regresión al “húmedo humanismo” del que recelaban los estructuralistas hace algunas décadas y contra el que claman de forma entendible algunos autores poscoloniales. En la abolición del patronazgo hermenéutico autoconferido reside la posibilidad de entender que entre el etnógrafo y el otro no hay ni un muro ni un abismo sino una trama de referencias recíprocas, algunas de ellas incluso compartidas, que serán dilucidadas en el proceso etnográfico en su totalidad. En ese sentido este libro es, además de sorprendente, poscolonial.

En el ejercicio de libertad intelectual que intento destacar en este texto hay una cuestión más a la que me resulta imprescindible aludir. Es el hecho de que pone a la etnografía en una posición transversal a las disciplinas de las ciencias sociales concebidas como compartimientos estancos cuyas diferencias mal se intentan definir reponiendo fronteras trazadas hace décadas en la arena (fronteras que son válidas tal vez en otros términos, actuales, que no son los que se reivindican cuando se pretende que la antropología trata sobre la diferencia, como si la sociología pudiese obviarla o que la sociología es universalista, como si la antropología no intentase serlo, aunque en términos y aproximaciones muy diferentes). No se trata de que la autora rechace su inscripción antropológica ni de que sus ideas no quepan en varias formulaciones de esta disciplina: se trata de que su aspiración a entender los modos de politización es un problema que convoca a politólogos, sociólogos y antropólogos por igual, y a todos ellos les responde desbordándolos con descripciones que superan categorías ajadas de todas las layas (clientelismo, cultura popular, facciones, cultura política, cooptación, etcétera), pero que no dejan de elaborarse con conocimiento de los debates de esas disciplinas.